

Reflexión teológica en la Pascua: Jesucristo, Mesías, Señor, Hijo de Dios

Lucas de Juan, OP

Presentación

En la historia de la Iglesia y de la Teología, como en cualquier otro plano del saber y de la vida humana, hay focos de luz que proyectan su resplandor sobre el contorno y lo hacen perceptible en su conjunto. Son como elevaciones de montaña o altas cumbres que nos descubren dilatados horizontes de comprensión, sobrevolando valles.

En la teología cristiana uno de esos focos de luz es la Resurrección de Cristo; otro sería su *Muerte*; un tercero, el *Reino* que Jesús anunció y proclamó; un cuarto, el *Mesianismo* alentado por los profetas de Israel.

Situándonos en ese contexto de luz, y dado que en estas semanas celebramos de forma solemne la Pascua del Señor Jesús resucitado, no estará mal que nosotros dediquemos unos minutos a la consideración teológica del misterio de Cristo en su Resurrección. Lucas de Juan marca sobre el lienzo de la liturgia tres bocetos elementales para un cuadro más perfecto que el propio lector/visitante podrá ir pintando con la lectura de los Evangelios y de la Historia de la primitiva Iglesia.

Esos tres bocetos los titularemos de este modo:

1. La muerte de Jesús, coronación de su vida

1.1. Jesús: Una vida de esperanza.

Los Evangelios nos muestran una vida de Cristo colmada de rasgos humanos:

de sensibilidad y ternura, de sencillez y cercanía, de autoridad espiritual y poder frente al mal, de misericordia con el pecador y fuego contra el pecado, de fidelidad pacificadora y servicio samaritano, de actitud filial en un buen que vive íntimamente unido a Dios, de perseverancia en el misterio y de entrega a la misión asumida...

Esa actitud de Jesús, leal e inequívoca, resultó cautivadora para cuantos tenían abierto su corazón y mente a la novedad de un mensaje renovador que tratara de fundar sobre la tierra un reinado de amor, justicia y paz.

Pero tuvo en frente a muchos otros que, desde la irrupción profética de Jesús por la Galilea, se dispusieron a reñir batalla contra él, empeñándose en retirarlo incluso violentamente del campo de la evangelización y del mesianismo.

Los de corazón abierto se sintieron cautivados, amados y convocados; veneraron a Jesús de Nazaret y se declararon discípulos suyos.

Los de corazón cerrado, aunque también eran amados y convocados, se declararon opositores a su verdad y a su luz, le persiguieron a Jesús, sobre todo en los últimos meses de su predicación, y lograron que fuera arrojado de la Ciudad y del Templo, y que fuera crucificado como un malhechor.

¿Cómo es que Jesús se dejó atrapar en las mallas de sus perseguidores.

Jesús poseía inteligencia y sensibilidad excepcionalmente afiladas, y nunca vivió fuera de la realidad –placentera u hostil- que le circundaba.

Él percibió mejor que cualquier otro el peligro que representaban para su misión, como enviado de Dios, las actitudes humanas malévolas, y entrevió muy negro su futuro, si caía en manos de sus adversarios; pero se sintió auténtico Enviado, Profeta y Mesías, y jamás pensó en renunciar a la misión que, por voluntad del Padre, le estaba confiada.

En su misma predicación, hablando para los oídos sordos de la Casa de Israel, Jesús estimó prudente incluir algunas parábolas muy intencionadas, por ejemplo, la de los viñadores infieles, a través de la cual advertía a los judíos (y a todos los hombres) que en la historia de salvación él era el último de los Enviados de Dios para que los ingratos pecadores-explotadores de la Viña desistieran de su maldad. Sería cruel y funesto, venía a decirles, que al último, al hijo del amo de la viña, lo mataran, como habían matado a profetas, a justos, y a cuantos humildes samaritanos trataron de ajustarles cuentas para que pagaran sus deudas.

Pero ¿qué acontecía al final de la parábola y en la vida real de Jesús?

Que la saña de los viñadores se cebó más cruelmente en el cuerpo del Hijo, cuando lo tuvieron a su alcance. El hijo del amo de la viña (que era Jesús, el Hijo y Enviado de Dios a los hombres para compartir con ellos su historia), sucumbió ante la crueldad de los viñadores cuando autoridades y pueblo le condenaron a muerte y le crucificaron en las afueras de la Jerusalén el día catorce de Nisán.

1.2. Jesús, Hijo del Señor de la Viña, murió crucificado.

Jesús de Nazaret, el prefigurado como hijo del amo de la viña en la parábola, murió en Jerusalén, en el monte Calvario. Este es “un dato histórico que está atestiguado unánimemente por las fuentes cristianas, judías y romanas” Y está atestiguado asimismo que murió crucificado. El odio venció al amor, las fieras al cordero.

Mas ¿por qué lo mataron, si hizo tanto bien a los mortales?

En las fuentes bíblicas y extrabíblicas no aparece clara la causa o motivación exacta de tal muerte en cruz: ¿por blasfemia?, ¿por promover alborotos? Y tampoco tenemos los nombres de quiénes cargaron con la responsabilidad de tal hecho : ¿judíos, romanos, jefes, sacerdotes, pueblo?

En esta reflexión no procede investigar los pasos insinuados y las responsabilidades apuntadas en los Evangelios. Nos basta saber, por ahora, que Jesús, prefigurado en el “hijo” de la parábola de los viñadores, murió en la cruz; que esa muerte hay que contemplarla “a la luz de la historia y vida de Jesús”; y que la plenitud de su significado cabe vislumbrarla “a la luz de la historia posterior de la Iglesia”.

Vista a la luz de la historia de Jesús, es fácil comprender que “su muerte en cruz fue el final o coronación de una vida entregada totalmente al Reino de Dios”.

Esa muerte de cruz fue el último acto libre y voluntario realizado en el tiempo histórico y vital de Jesús entre nosotros, y en ella, por ser voluntariamente aceptada, alcanzó su plenitud de sentido la entrega-donación total de sí mismo por su causa: la del Reino y la de nuestra salvación.

A la luz de su muerte podemos entender que Jesús, el que vino a nosotros por la encarnación, el que compartió nuestra historia durante treinta años, y el que nos reveló el misterio de Dios Padre, Hijo y Espíritu, vivió siempre dispuesto a sellar con su sangre la Verdad y el Amor de Dios que nos revelaba.

Sólo tras esa muerte-ofrenda, voluntariamente asumida, es cuando sobrevino, “por el amor redentor de Dios”, el misterio gozoso de la resurrección por el que Cristo se constituía en fuente de vida nueva, principio fundacional de nuestra Iglesia, seguridad de nuestra fe y esperanza, garantía de que él era verdadero y único Hijo de Dios, y nuestro Mesías-Salvador.

1.3. Escándalo, locura, sabiduría de la cruz.

Nosotros, los cristianos, entendida la muerte de Cristo como ofrenda de sí mismo por nuestra salvación, damos tanta importancia a esa donación que Jesús hizo de sí mismo que no dudamos en sumergirnos en su misterio y proclamarla parte esencial de nuestra religión. Por la muerte de Jesús nos vino la vida definitiva en Dios. Así es de fascinante y, para algunos, escandalizador, ese hecho.

Y es así, porque no se trata solamente de conocer la muerte física de un buen israelita (cosa demostrable) sino que en el Crucificado, Jesús, reconocemos, además, por el don de la fe, al Mesías Salvador que luego triunfa en la resurrección. Por eso confesaremos que él, triunfador de la muerte que asume por nosotros, es el “Señor de la gloria” (I Cor 2,8).

Este reconocimiento y confesión no es posible, ciertamente, sin “interpretar los hechos, sin vivir en fe”, es decir, sin elevarse de lo que físicamente se ve a lo que por don divino se cree: que Jesús es el *Hijo de Dios, encarnado, muerto y resucitado*.

El apóstol san Pablo, hablando a los Corintios (I Cor 1,22ss) sobre las claves del cristianismo y el misterio de la muerte en Cruz, glosaba muy bien las actitudes de judíos, griegos y cristianos en la aceptación y seguimiento o rechazo de Cristo:

“los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los

gentiles, pero para los llamados {a la fe} , judíos o griegos, poder y sabiduría de Dios”.

Sabiduría de Dios que se nos otorga por la fe. Sabiduría e interpretación luminosa desde el misterio, en el que el Reino de Dios anunciado, la muerte de Cristo sufrida y su gloriosa resurrección constituyen tres claves de lectura que distinguen al cristianismo como verdad, como religión, como actitud vital

Para que avancemos sobre estas pistas en otra reflexión, quedémonos con esta lectura teológica-histórica:

Jesús es el Hijo de Dios que se encarnó y vivió entre nosotros. Él anunció en su vida y en su palabra el Reino de Dios y lo implantó en la vida de fe. Él, profeta del Reino, se entregó a la Muerte, acreditando la verdad con su sangre. Y Él, por su Resurrección, consolidará el Reino y se constituirá en Señor, Árbitro, Juez, dador de vida a la comunidad de creyentes.

2. Misterioso encadenamiento de vida, muerte y resurrección

2.1. Con la muerte se trunca la vida

La vida de Cristo cautivaba a la gente de buena voluntad: a los pobres, a los enfermos, a los pecadores que se reconocían tales y que en el arrepentimiento tenían asegurado el perdón.

Pero esa vida tan cercana al desvalido, tan prometedora de justicia y paz, y de igualdad en la condición de todos como hijos, fue truncada por la muerte de Cristo en la cruz de malhechor.

¿Cómo negarlo, si es verdad mil veces aplicada en la historia?

Si la cabeza de un cuerpo muere, el cuerpo todo se desmorona.

Si el profeta y líder de un movimiento, que se muestra reformador y mediador de salud y gracia, sucumbe ante los enemigos, todo su discipulado se eclipsa.

Si los enemigos conseguían que Cristo fuera elevado a la cruz, todo estaría perdido para sus allegados en la fe y confianza.

Y así fue. Testigos de esa crisis fueron muchos. Unos porque vieron el cuerpo de Jesús roto, clavado, sepultado y, sin más, le dieron su adiós. Otros porque, tras esa muerte sorprendente y decepcionante sintieron perdida su identidad como discípulos.

Hablando un lenguaje humano, muy humano, la muerte de Jesús fue un fracaso tal que todo desconcierto en el discipulado parece comprensible.

¿Valía la pena decirse discípulo y haberse dejado llevar por un Profeta que, al final, era preso y claudicaba ante la muerte, como un marginado más?

2.2. Del eclipse psicológico al misterio de una ofrenda en libertad

Por fortuna, el natural eclipse psicológico y de fe en los discípulos de Jesús fue de corto alcance.

Muy pronto, con la acción del Espíritu realizando su trabajo, la muerte de Jesús fue entendida como victoria, y al que murió en la cruz, Jesús, se le reconoció como fuente o manantial de vida.

Así obró, tras la Resurrección y Pentecostés, la comunidad cristiana, restablecida por las apariciones del Señor e iluminada por el Espíritu. La experiencia continuada de que Jesús, muerto, era el gran VIVIENTE y vivificador, cambió el curso de las cosas.

¿Cuáles fueron las raíces profundas de ese cambio de muerte a vida, de tinieblas a luz, de pérdida de identidad a configuración renovada del discipulado?

Esto acontecía porque en la muerte de Jesús habían concurrido misteriosamente tres conciencias y tres libertades. Las tres confluían, con ignorancia de una de ellas, en el cumplimiento del insondable designio de la salvación del hombre, por Dios, redimiéndolo del pecado en la cruz y colmándolo de gracia.

Esas conciencias eran la del pueblo que condenaba a Cristo a morir en la cruz, la de Jesús que se entregaba a la muerte por propia voluntad, y la del Padre que, en el Hijo oferente, se donaba en cierta forma a sí mismo.

- En primer término, y de forma visible y audible, estaba el griterío, *la libertad, la conciencia y el poder de los jefes y del pueblo* que condenaba inicuamente a un judío inocente: a Jesús, hombre justo, profeta, que había hecho inmenso bien a los hombres enfermos y débiles, pero que, según la Ley y sus pontífices, había cometido el error de revelarnos un mensaje nuevo y divino: que Dios era su Padre, y que este Padre le había enviado, como a su Hijo, para salvarnos. Esta libertad, conciencia y poder condenaron a muerte a Jesús llamado Cristo: **entregado a la muerte, como castigado por sus delitos personales. ¡Crimen horrible!**
- Estaba también, *la libertad, conciencia y poder del propio Jesús* que aceptaba la muerte como prueba de la verdad del mensaje salvador que predicó en su vida, arriesgándolo todo por fidelidad al Padre y a los hombres. Jesús fue adquiriendo y tenía conciencia de quién era, qué buscaba y qué requería de él el Padre. Por eso, voluntariamente, acatando los hechos adversos como camino, se entregó a la muerte, no rehuyendo a los verdugos. **“Nadie me quita la vida –decía– ; la doy libremente” en amor, servicio, sacrificio de expiación (Jn 10,18)**
- Y estaba, finalmente, *la libertad, conciencia y poder del Padre* que, de forma misteriosa, inasequible a la mente humana, en un acto de supremo amor al

hombre se donaba y entregaba a sí mismo en la persona del Hijo, para salvarnos, para hacernos hijos en el Hijo, para que –resucitados- viviéramos con él y en él.

2.3. La nube del misterio que todo lo envuelve

Esa riqueza de contenido en la muerte, y esa convergencia de libertades actuantes, era imposible que la captaran de momento los discípulos de Jesús, a pesar de las catequesis que el Maestro les había dado, dedicándoles sin duda muchos días de retiro y magisterio.

Y era más imposible, si cabe, que la sospecharan siquiera los maestros de la ley y del templo que no soportaban la predicación de Jesús, ni los gestos de su intimidad con Dios Padre, ni la proclama del advenimiento del Reino. Por eso acabaron con él en la muerte, bajo apariencia de condenar a un rebelde que turbaba la paz social.

En cambio, desde la autoconciencia de Jesús, Hijo del hombre e Hijo de Dios, todo era distinto. Él percibía de otra forma:

- los acontecimientos sociopolíticos-religiosos que le llevaban a la muerte,
- el sentido de fidelidad a la voluntad del Padre, que le impulsaba a dar la vida para salvar a los hombres,
- y la perspectiva de implantar el Reino, Pueblo de la Nueva Alianza, con la fuerza de la resurrección.

Para Jesús el trance cruel de la muerte, vivido desde su peculiar autoconciencia, propia del Hijo del hombre e Hijo de Dios, era un bochornoso final de camino, pero que daba acceso a otro posterior momento-eterno, de reposo-victoria, en el que la muerte sería superada por la Resurrección.

De ese modo, la resurrección de Cristo, como obra exclusiva del poder de Dios en la cual era derrotada la muerte, se convertía en inauguración de vida nueva, en innovación de toda la historia de la humanidad, en última palabra y gesto definitivo.

Con la muerte y resurrección se alcanzaban dos cosas:

- todo estaba cumplido, como el mismo Jesús decía desde la cruz,
- y además, Jesús era proclamado solemnemente Mesías-Salvador, Señor de cielo y tierra, Hijo de Dios por antonomasia.

¡Maravillosa doctrina teológica!

¡Sublime autoconciencia de Jesús, Salvador!

¡Campo misterioso de verdad y vida que se sustrae totalmente al ámbito de mera razón humana! En él hay que entrar primero por el corazón, suplicando, orando, y acogiendo el don divino de la fe.

En la mirada física al Gólgota, Jesús moría de muerte afrentosa.

En la mirada de fe, que se proyectaba más allá del Gólgota y del sepulcro vacío, aparecía Jesús Nazareno: Mesías anunciado y definitivo, Siervo de Dios salvador, Fuente de vida.

En la mirada física, todo anunciaba desolación. En la mirada de fe todo era gracia, don, acogimiento, confianza, adherirse al Señor con el corazón en la mano.

Esta verdad y esta actitud de absoluta confianza y fe en Jesús, como Señor resucitado y Salvador, es la que animó a la primera comunidad cristiana y la llevó a adherirse incondicionalmente a su persona y a proclamar su fe inquebrantable: **Cristo ha resucitado, él es nuestra vida y salvación.**

3. Primeras confesiones de fe en la Resurrección de Jesús

3.1. Quien cree en Jesús resucitado se salva

Al calor del misterio de la resurrección y bajo el impulso del Espíritu se formó consolidó la primera comunidad cristiana.

La bandera de Cristo Resucitado era estandarte de fe.

Toda la comunidad de Jerusalén, fortalecida y transformada con las apariciones de Jesús resucitado, se atrevía a repetir en un momento de espiritual arrebató lo que Pablo decía a los fieles de Corinto:

“Si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana es nuestra fe, somos falsos testigos de Dios, pues contra Dios testificamos que él ha resucitado a Cristo” (I Cor 15, 14).

Se trata evidentemente de un desafío desde la seguridad de lo que se cree, desde la absoluta confianza en Cristo, desde la peculiar experiencia de que el VIVIENTE está con nosotros.

Tan importante era para la comunidad cristiana esta creencia, persuasión, fe, convicción de que Cristo muerto había resucitado, por el poder de Dios, que en ello se fundamentó su actitud religiosa nueva: aquella en que se confiesa y proclama:

que Jesús, Cristo, muerto y resucitado, es el Hijo de Dios y ha sido constituido Señor de todos; que toda gracia, vida, perdón, animación, brota de su corazón; que quien crea en él tiene la salvación, y quien le niega se aleja de la salvación.

¿Cómo expresaban los primeros cristianos esa fe inquebrantable en Cristo, Jesús, Señor resucitado? Lo hacían de múltiples formas: en cartas apostólicas, en narraciones evangélicas, en himnos litúrgicos, en predicaciones a judíos y griegos, y en confesiones de fe por las que manifestaban su incondicional adhesión a Cristo e incitaban a otros a que se adhirieran a él.

Es natural que los apóstoles y discípulos en el fervor de las apariciones pascuales, antes y después de Pentecostés, pero sobre todo de la efusión del Espíritu, sintieran necesidad de articular en formulaciones verbales y escritas los profundos sentimientos que anidaban en sus corazones, y que los compartieran principalmente en las celebraciones litúrgicas.

¿Cuál era el núcleo esencial de sus himnos, efusiones espirituales y confesiones de fe? Era algo tan sencillo y fácil de retener como esto:

Jesús que vino a nosotros y vivió con nosotros, murió por nosotros, y tras la muerte ha resucitado; y por la resurrección quedó acreditado y proclamado solemnemente Mesías, Señor, Hijo de Dios. Y nuestra vida está en él.

Ese núcleo fundamental, primario, inmediato, sin ulterior interpretación o reflexión, se vivió y cantó como un grito del alma: ¡Jesús ha resucitado, Aleluya!

Luego ese triunfo sobre la muerte se vinculó en la fe a todo la historia de salvación, viendo en ella el feliz cumplimiento de la Palabra de Dios dada a su pueblo en el Antiguo Testamento.

El mismo Dios de Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés y los Profetas; el mismo que nos habló muchas veces por sus enviados, nos ha hablado finalmente en Cristo, quien ha sido constituido Mesías, Salvador, Hijo y Señor. Quien crea esto se salvará.

3.2. Formas variadas de confesar la misma fe en Cristo

Como es normal, se dan muchas variaciones en lo que llamamos “confesiones primitivas de nuestra fe”. Sucedió entonces como sucede ahora mismo cuando compartimos la vida en el Espíritu:

- Unas veces explotamos en un grito o palabra especialmente amada: ¡Jesús!, ¡Señor!, ¡Jesús Señor!; y en esa palabra se encierra nuestra fe viva.
- Otras veces, en el momento celebrativo que compartimos, la emoción se alarga y dice: ¡Es el Señor resucitado! , ¡Vive el Señor! , ¡Dios lo ha resucitado!
- Y con alguna frecuencia, sobre todo si presentamos al público fiel o infiel una convicción, nos gusta desarrollar en frases más explícitas y comprensivas lo que creemos, aludiendo a uno o a varios aspectos de nuestra creencia. Este rasgo es propio de predicaciones, catequesis o cartas.

En esta página vamos a seleccionar, como ejemplos de confesiones intercaladas en discursos, narraciones o predicaciones, algunas que hace san Pablo en sus Cartas (a los romanos, Corintios y Filipenses) y dos más (tomadas de los Hechos de los apóstoles), en las que intervienen los apóstoles Pedro y Felipe.

Damos los textos sin comentarios.

El lector-visitante debe repetir varias veces las palabras de cada confesión, tratando de sintonizar con el confesante: Pablo, Pedro, Felipe o el Eunuco.

Carta de san Pablo a los Romanos (1, 1-4 y 10,9):

“Es escribo Yo, Pablo, siervo de Cristo Jesús. Yo fui llamado al apostolado, y fui elegido para predicar el Evangelio de Dios, el Evangelio que por sus profetas había prometido en las Santas Escrituras, acerca de su Hijo, Jesucristo nuestro Señor, nacido de la descendencia de David según la carne, constituido Hijo de Dios, a partir de la resurrección de entre los muertos”

Carta a los Romanos 10,9:

“Si confesares con tu boca al Señor Jesús y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, te salvarás”

Primera carta a los Corintios (15, 3-8). Esta confesión es la más importante y rica:

“Yo os he transmitido, en primer lugar, lo que yo mismo he recibido: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado; que resucitó al tercer día, según las Escrituras; y que se apareció a Cefas, luego a los doce...”

Himno de la Carta a los Filipenses (2, 6-11):

“Cristo Jesús... se anonadó..., en condición de hombre, se humilló, se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltó y otorgó un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble...”

Confesión de san Pedro: Hechos 2,36:

“Tenga, pues, por cierto la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado”.

Confesión de Felipe y del eunuco: Hechos 8, 36:

Leía el eunuco un pasaje de Isaías en que decía del Siervo de Yavé, que es Jesús: “Como oveja fue llevada al matadero... Entonces Felipe dijo al eunuco: Si crees de todo corazón lo que lees {referido a Cristo}, bien puedes ser bautizado.

Y él respondió: Yo Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios”.

Esa es nuestra fe compartida en toda la Iglesia de Cristo, desde su fundación: Jesús es el Hijo de Dios, hecho hombre, que vivió y murió por nosotros, que resucitó y fue constituido Señor de toda la creación. Él es nuestra Cabeza, Fuente de vida, Salvador y Juez. A él la gloria por los siglos.